

## III

SANTA TERESA DE JESUS Y LOS PREDICADORES  
DEL SIGLO DE ORO*(Continuación.)*

Fray Agustín de Hinojosa considera a la Santa como un evangelio vivo, como una excelentísima imagen de perfección en que Dios había querido hacer alarde y ostentación de su poder, gracia y misericordia.

“Estaba el Soberano Artífice muy de vez, no digo bien, estaba muy de gracia o, por mejor decir, muy de gana y de gusto, a nuestro modo de entender, cuando tomó el pincel en sus divinas manos para pintar este celestial retrato con tan vivos colores de perfección, que, cuando la sacó a vistas, asombró a cielos y tierra. Y como pintura e imagen que tan a su cargo la tomaba, quiso desde las mantillas irla disponiendo, labrando y hermosando, para que así saliese del todo más linda, hermosa, bella y agraciada.”

“Salió tal —dice en otra parte— que ella sola bastaba para ostentación de cuán eficaz es ese riego. (Habla de la santidad de la Iglesia, cuya fuente es Cristo.) Y cuando todo el mundo y toda la Iglesia estuviera sin santo alguno en estos tiempos, solamente con ella podía el Señor hacer guerra al demonio (1).”

Insistiendo en la misma comparación, el canónigo de Sevilla don Manuel Sarmiento, decía:

“Beatificar a la santa virgen Teresa de Jesús no ha sido solamente autorizar la opinión de Santa, que nunca le negó nadie ni aun se atrevió a dudar de ella, sino también ponernos delante un curioso y extraordinario dechado de la mano del infinitamente sabio, donde todos, de cualquier estado que sean, puedan aprender lo más fino y subido de quilates de una notable modestia exterior y interior, pureza de un crecido amor de Dios y total consagración a su servicio, de una cuidadosa solicitud

---

(1) Sermón que predicó en el Colegio del Angel de la Guarda de Carmelitas Descalzos de Sevilla el padre fray Agustín de Hinojosa, del Orden de San Francisco.

del bien de las almas, de unas insignes obras de caridad, de una gozosa alegría en el Señor, de una infatigable constancia en los trabajos, de una suave y celestial elocuencia en el trato: que a éstas se reducen sus heroicas virtudes.”

Dibujado así en el exordio, que es brevísimo, el retrato moral de la Santa, comienza a realzarlo con extraordinaria verdad y viveza de colorido.

“Mucho pudiéramos decir —exclama— de la notable modestia y compostura exterior de Santa Teresa, pues por ella, aun viviendo en el siglo, fué tan venerada y respetada, que jamás se le atrevió nadie ni a una mínima descompostura; antes se componían y mesuraban en viéndola. Tanta era su exterior pureza, que aun los movimientos naturales y primeros, que no están en nuestro albedrío (¡cosa rara!), no los sentía; señal de la gran salud interior, sujeción de pasiones y apetitos a la razón, de la viveza de espíritu, de la determinada resolución de no ofender a Dios jamás, ni venialmente. Bien se puede decir fué escogida entre millares y que nadie en su tiempo se le podía comparar en la gracia del buen color de pureza exterior y interior viveza, maravillosamente mezclado (1).”

Fray Domingo Daza compara la hermosura de Santa Teresa con la de Judit, y dice que a la de nuestra Santa Madre “puso Dios un no sé qué divino de majestad honesta y bella; que salían de su frente y ojos unos rayos de luz que ponían respeto. Parecida en esto a la Virgen Santísima, que su incomparable hermosura pegaba honestidad a quien la miraba” (2).

Y así como la Virgen —añade el padre Florencia— fué tan señora de los corazones y ha llevado tras sí a tantos, “así, para que nuestro siglo fuese dorado y esta era dichosa, dió el cielo al suelo esta Santa para reparo de sus ruinas. Teresa es una de las principales restauradoras del cielo después de la Virgen Nuestra Señora. Teresa es la que puebla el cielo con su religión,

(1) Sermón de don Manuel Sarmiento, canónigo magistral de Sevilla, predicado en el Colegio del Ángel de la Guarda de Carmelitas Descalzos de la misma ciudad.

(2) Sermón que predicó fray Domingo Daza el día de San Francisco en las Descalzas de Madrid y sirvió de preparación para las fiestas de la Beatificación.

porque siendo Teresa una virgen, es madre de tantas y tantos que pueblan ese reino de los cielos" (1).

Todos ponderan con palabras de mucho encarecimiento la virginal pureza de la Santa.

Fué tan favorecida de Dios en esto —dice fray Juan Salvador— que el padre Rodrigo Alvarez, con quien la Santa hizo confesión general, dijo "que tenía por tan imposible que el alma desta virgen hubiese padecido tentaciones sensuales, como que las padeciesen unos antojos que tenía en la mano, porque lo que en ellos no puede haber y repugna por su naturaleza, repugnaba en ella por particular preservación y beneficio de gracia. El ilustrísimo obispo de Tarazona, don fray Diego de Yepes, su confesor, le solía dar por título y renombre *tesoro de virginidad*. Y es de manera que, si alguna religiosa alguna vez iba a pedirle remedio y a consultarle alguna tentación de carne, le respondía: "Hija, no venga a mí con eso, que no entiendo de esa" materia, por la misericordia de mi Esposo y por el favor que "me ha hecho."

De esta salud y hermosura interior del alma le nacía en el cuerpo aquel buen color de pureza que tanto realzaba su natural hermosura y discreción; que aun en esto quiso Dios favorecerla singularmente.

"Fué hermosa —dice fray Bartolomé de Loaysa—, en especial en su mocedad, blanca y roseada; y en todo su tiempo y cuando más anciana, tan proporcionada y cabal de pies a cabeza, que no había falta digna de reprehender. Fué tan apacible y agradable como refieren sus escritos, y los que viven, que la trataron, afirman que al Obispo y Prelado más indignado con ella, a la primera vez que la vía o la oía, presente o por escrito, ya la mesura y compostura de su rostro, ya la suavidad y agrado de las palabras, le convencía y aficionaba de manera, que con facilidad le daban lo que pedía...

"Noble fué de solar conocido, de casta de caballeros notorios, ricos, poderosos y bien emparentados. Y si tratamos de la cali-

---

(1) Sermón que predicó en la Beatificación de la Santa Madre Teresa de Jesús el padre Jerónimo de Florencia, S. J., predicador de Su Majestad, en el convento de San Hermenegildo de Padres Carmelitas Descalzos, en Madrid.

dad espiritual, que es su gracia y caridad, tanta fué que me atrevo a decir que ninguna criatura (fuera de la Virgen y los Apóstoles y el Bautista) se le aventajó mucho a la Santa (1).”

Y junto con esto le dió Dios un ánimo tan fuerte y varonil que “a los siete años de su edad —dice fray Antonio de Alvarado—, cuando apenas había comenzado a gozar de la vida, deseaba padecer muerte por Cristo. Trató esto con un hermanito suyo, llamado Rodrigo de Cepeda, casi de su misma edad, y se salieron de casa de sus padres con determinación de ir a tierra de moros a morir por Cristo. Encontrólos un tío suyo y volviolos a los ojos de su madre, llenos de lágrimas de la ausencia de los tiernos hijos pensando les había sucedido alguna desgracia” (2).

Viendo que era imposible ir adonde los matasen por Cristo, dióse la Santa a hacer ermitas y a fundar monasterios en una huerta que había en casa, donde eran

las azucenas monjas reformadas,  
y los claveles rígidos sangrientos  
varones de almas a la cruz clavadas;  
hijos y hijas, en fin, de su obediencia  
nadie hubo que la hiciese resistencia.

Pero ¡ay! Bien pronto aquella niña privilegiada comenzó a entender las gracias de naturaleza que el Señor le había dado, *que según decían, eran muchas*, y a trocar aquellos santos entretenimientos por otros no santos, que fueron entibiando poco a poco los deseos fervorosos que antes sentía.

“Llegó a los doce años —dice Sancho Dávila—, en los cuales comenzó a leer los libros de caballerías de su madre, y éstos no le hicieron ningún provecho; y parecíale a la niña que no era malo gastar muchas horas en leerlos. Ibanle haciendo mucho daño, porque si conversaciones ruines, que no duran mucho, hacen tanto perjuicio, los libros ruines, que andan siempre en las manos, en la faltriquera, y se ponen a la cabecera de la cama, ¿cuánto perjuicio harán, pues no tratan sino de amores mun-

---

(1) Sermón del padre Presentado fray Bartolomé de Loaysa, lector de Escritura en el Carmen de Córdoba, predicado en el mismo convento y ciudad.

(2) Sermón que predicó el padre M. fray Antonio de Alvarado, abad de Irache, diputado mayor de Navarra en el convento de Descalzos Carmelitas de Pamplona.

danos, el tocado de las flores de Oriana, la libertad de Andandona y de otras perdidas mujeres? Esto todo la fué inclinando a las galas; y el tener buen gesto y ser de buena disposición, airosa y de buenas manos, la hacía cuidar dellas y del rostro. Y lo que fué peor, que trajeron sus padres a su casa una prima suya que vivía con libertad, y ésta le hizo mucho daño inclinándola a galas y gustar de ver y ser vista. ¡Ay, hijas, y que daño les hace la mala compañía, que inclina a libertad, y a hablar, responder y hallarse en todo lo que es placeres del mundo!”

Pero Dios quería entero para sí aquel corazón tan grande y tan hermoso, y antes que el mundo se lo arrebatara lo llevó a la soledad y lo marcó con su nombre. Un día le dijo Cristo al tiempo de comulgar: “Yo me otorgo por tu Esposo y te recibo por mi esposa.” Desde entonces Teresa fué toda de Jesús y Jesús fué todo de Teresa, de modo —dice fray Bartolomé de Loaysa— “que no había menudencia ni niñería (a nuestro parecer), así suya como de los prójimos, de que Dios no le hablase y comunicase. Si funda, si no funda; si ha de tener contradicción, si no la ha de tener; ya le habla Cristo, ya la Santísima Trinidad toda; ya la arrebatan y la ponen entre las tres Personas, ya al lado de Cristo, ya al de la Virgen y San José, y lo demás que ella calla, que esto fué lo más. Y fué esta comunicación con tan grande extremo, que en forma se quejó a Cristo una vez porque le comunicaba y trataba tantas cosas: de la salvación de aquel alma, de la salud desotra, del suceso en la muerte de estotra, cuándo sale del Purgatorio, cuándo vuela al Cielo; si el rey don Sebastián y su ejército entraron en la gloria. Y así, hablando con Cristo un día, fatigada, le dice:

”—Señor, ¿para qué me comunicáis tantas cosas que haga y diga a vuestras criaturas? ¿No podéis vos hablarlas a ellas mismas?

”Y respondió Cristo:

”—¡Ah, hija!, que no les hablo porque no se disponen para ello; que como no es gente de oración, aunque les hable, no creerán que soy yo.

”—Pues, Señor —replica la Santa—, excusadme; que ahí tenéis varones espirituales, letrados y doctos; comunicad con ellos lo que conmigo.

—¡ Ah! —dice Cristo—, que esos tampoco no se quieren disponer para que yo les trate y comunique. Y así, como necesitado y menesteroso, me obligo a buscar mujeres con quien descanse y trate mis cosas.

”¡ Dolor grande —exclama el orador— y confusión sin segunda que de cuantos subimos en estos púlpitos y cátedras no halle Dios uno que se disponga para hablar de alma con Dios! ¡ Qué confusión, que busque Dios mujeres por no hallar hombres!” (1).

¿ Qué había de hacer la Santa sino pagar con amor el que su Esposo le mostraba y decir cómo la esposa de los Cantares :

Mi alma se ha empleado  
y todo mi caudal en su servicio.  
Ya no guardo ganado  
ni ya tengo otro oficio:  
que ya sólo en amar es mi ejercicio?

¡ Y qué amor el suyo tan recatado y tan valiente, tan tierno y tan robusto, tan humilde y tan atrevido! ¡ Qué corazonadas las suyas! ¡ Qué desatinos tan concertados! ¡ Qué libertades tan castas!

Un día le dice a Cristo, “rogándole por un religioso: *Mirad, Señor, que es bueno para amigo nuestro; y otra vez por su hermano: Cierito, Señor, que si tuziérades un hermano vos y tuziera necesidad de mí, que no me hiciera tanto de rogar; y otra vez, como sentida de que Dios se le escondiese: Cierito, Señor, que si fuera posible esconderme yo de vos, como vos de mí, que pienso del amor que me tenéis que no lo pudiérades sufrir. ¿ No fueron estas locuras acertadas de amor divino? ¿ No fueron incontenencias castísimas de caridad? ¿ No fué esto juzgar con la voluntad y amar con el entendimiento?” (2).*

“Tal mujer como ésta —dice fray Juan de San Bernardino—, puesta sobre la cumbre de la naturaleza, conversando solamente en el cielo, de todo hace burla y se ríe; ni la perturba la guerra ni la descuida la paz. Era tan alto y eminente el estado que esta gloriosa Santa había adquirido; estaba tan ajena

(1) Fray Bartolomé de Loaysa, loc. cit.

(2) Sermón que predicó el padre fray Nicolás Ricardi, de la Orden de Santo Domingo, catedrático de Santo Tomás en la Universidad de Valladolid, en la fiesta que se hizo en la Iglesia de Nuestra Señora del Carmen Calzado, de la misma ciudad.

y fuera del mundo, tan lejos de toda flaqueza y resabios mujereles, que no sentía sus propias pasiones, con ser tributos inseparablemente anejos a la condición miserable de nuestra naturaleza.”

“Tornéme —dice ella misma— una sola cosa con mi Dios; fuí como una agua y como una luz que se junta con otra luz. Ya es una sola agua, ya es sola una luz de Teresa y de Dios, y se hace sola una cosa. Era Dios más fuerte que ella, pególe su fortaleza, su virtud y su poder. Todo cuanto tiene, del arrimo le viene de la raíz que la sustenta, del tronco en que está ingerida. Si Dios todo lo puede, ella, como esposa suya, también es omnipotente; las demás doncellas son criadas; Teresa, señora y esposa; puede todo lo que su arrimo puede, pues tiene su misma corona” (1).

“El ánimo y fortaleza que comunicó Dios a esta divina mujer —dice el padre fray Juan de Herrera, S. J.— ¿quién lo sabrá decir? Ella confiesa de sí haberla dado ánimo y corazón más que de mujer. Yo digo que más que de hombre. Y ser esto así lo echará de ver el que hubiese visto el corazón de esta gloriosa Santa, el cual como reliquia de precio inestimable y prodigio grande se muestra y es de extraña grandeza; que no sé cierto cómo la cabía en el pecho. Y tal grandeza de corazón era necesario que tuviese la que Dios escogía para defensa de su Iglesia y para acabar tales y tan dificultosas empresas cuales mujer ninguna acabó ni emprendió, y la que tan admirables fuerzas era menester que tuviese para sustentar con sus hombros el peso inmenso del mundo espiritual de la Iglesia, que, en su tiempo, parece bamboleaba y amenazaba ruina, por la muchedumbre de infieles y con la porfía de tantos herejes que procuraban y procuran derribarle, y por los muchos vicios y corrupción de costumbres de los fieles, que en este tiempo, no menos que en cualquiera otro pasado, había.”

“Pues para hacer burla de su adversario y de los de su bando, para envilecerle y hacer mofa dél, puso delante su sabiduría inmensa, no un capitano ejercitado y bravo, sino una mujer sola, pobre, que le desafiase y levantase bandera contra él, con

---

(1) Sermón que predicó el padre fray Juan de San Bernardino, del Orden de San Francisco, lector de Prima de Teología, en la ciudad de Lisboa, en el Convento de los Carmelitas Descalzos.

dos ejércitos, uno de mujeres y otro de hombres, y con ellos le venza y triunfe dél. Y quise para demostración de lo mucho que sabe y puede, en esta nuestra edad, en la cual tantos millares de hombres, unos con sus errados ingenios y otros con sus pérdidas y depravadas costumbres, aportillan su reino, que una mujer (¡caso raro!) alumbrase los entendimientos y ordenase las costumbres de tantos como cada día se levantan para reparar estas quiebras y ruinas. Y si en otra ocasión semejante, cuatrocientos años ha, cuando la Católica Iglesia estaba tan necesitada de socorro y apoyo, proveyó la Divina Providencia de aquellos dos insignes capitanes, de aquellos dos castillos roqueros y columnas fuertes, Santo Domingo y San Francisco, que la defendiesen y sustentasen, de la misma suerte ahora, en necesidad no menos, proveyó de otros dos, que son nuestro glorioso capitán y Patriarca San Ignacio y esta gloriosa mujer; pues a un mismo tiempo casi fueron enviados y para un mismo fin...”

“Para todo —dice en otra parte— la dió Dios hombros y fuerzas a esta gloria de las mujeres y corona de los hombres, pues vemos que ella sola es la capitana y fundadora destas dos sagradas Religiones o, por mejor decir, desta Religión de religiosos y religiosas, venciendo ella sola, con el ayuda divina, tantas y tan arduas dificultades, como en la ejecución de tan extraña y notable empresa se le ofrecieron, que es la mayor hazaña que, después que el mundo se crió, por mujer ninguna se ha emprendido. Porque una mujer [que] haya fundado Religión y tan esclarecida de mujeres y de hombres ¿cuándo se vió ni se lee en historias? Qué fortaleza y valor, venido del cielo, fué menester para semejante empresa?”

“Dentro de tus propios muros —le dice a la ciudad de Avila— hallarás esta mujer fuerte; hija tuya es, nacida en una de tus casas, criada a tus pechos... y esta es, por que lo sepas, nuestra santísima y beatísima Teresa, honra y gloria, no sólo tuya, no sólo de España y de toda nuestra nación, sino también de toda la católica Iglesia, como la que, después de la Madre del Soberano Dios, de más provecho y utilidad ha sido de cuantas en el mundo han nacido. Lo cual es tanta honra de esta ciudad insigne, que juzgo por sin duda no se la da tanta el ser progenitora y madre de tan fuertes y valerosos hijos cuanto otra ninguna, y haber pro-

veído y proveer cada día de tantos fuertes varones y capitanes al mundo y a toda la cristiandad, que con su esfuerzo y sangre la defiendan y amparen, cuanto por haber tenido por hija a esta importantísima y valerosísima hembra, que ella sola la hace más conocida y más famosa que todos ellos.”

Mas ¿qué mucho sea honra de una ciudad la que lo es del Cielo y del mismo Dios, que se ha servido de ella para vencer al demonio?

“Aunque os pese —dice—, mujer ha de ser la que os corte la cabeza. Y ahí se echa de ver el poder de Dios y su sabiduría: fortificar una cosa de suyo tan flaca como es la mujer, para hacer hazañas tan grandes, escogiéndola por caudillo de un valeroso ejército con que hacer guerra y desbaratar a Lucifer, que fué como darle de palos con una caña, para que así quedase, no sólo vencido, sino también corrido y afrentado. Y así, cuando el fuerte y valeroso Sansón fué acometido del ejército de los filisteos, si hallara en las manos con una artesana, montante o ferrada maza, y con ella hiciera aquella matanza de mil hombres, poniendo en afrentosa huída a los demás, claro está que fuera un hecho señalado; mas hacer esta siega y tala con una quijada de un jumento, con un hueso, tal estrago, fué valor y esfuerzo más que humano... De la misma manera, si Dios hiciera guerra a Lucifer y le quebrara la cabeza tirando un altibajo con el montante de su omnipotencia, no dejara de ser negocio honroso. Pero lo que admira y pasma es que eche mano de una mujer, blanca por la limpieza de su honestidad y pureza de su vida, descarnada y mondada de todo lo que sabe y huele a carne y de todo favor y amparo humano, y con ella en el ejército de los infernales filisteos haga tal matanza y espantosa carnicería. Esa es muestra de la fuerza de Dios y del poder de su brazo (1).”

“Levántanse —dice fray Nicolás Ricardi— Lutero y sus secuaces Calvino, Zuinglio, Broencio, Oecolampadio, Melancton y la otra vil canalla de escribas gramaticones, puros y humanistas, poseídos de un espíritu parlero y endemoniado, con que comenzaron a decir que, en virtud del demonio, concede el Papa indulgencias, abre los Cielos y cierra los Infiernos... ¿Y qué hace Dios?

---

(1) Sermón que predicó el padre Juan de Herrera, de la Compañía de Jesús, en la iglesia de las Descalzas Carmelitas de la ciudad de Avila.

Envía una mujercilla flaca y miserable en lo natural, y ésta levanta la voz y habla tan recio y tan alto en alabanza de Dios, que tapa las voces confusas y blasfemas de los herejes... Y condolidada de la pérdida de las almas instituye nueva Religión, a fin de que con las predicaciones y vidas de sus hijos y hijas, se levantase la voz de la alabanza de Dios tan alta y sonora que enmudeciese y pusiese silencio a los herejes.”

“*Novissime diebus istis*, que no pasan de treinta y tres años, *loquutus est nobis in filia*. Hija, digo, por acomodación, aunque también pudiera decir hijo, pues, como dijo Nazianceno, *masculus et femina corporis, non animi discrimen est*; ser varón o mujer es diferencia del cuerpo y no del alma. Habló, digo, por boca de su hija, a quien trató siempre Su Majestad con este nombre regalado (1).” Y fué tan poderosa la palabra de aquella mujer, que se llevaba tras sí el mundo, con una violencia amorosa, y no hubo en él persona, de cualquiera clase y condición que fuese, que, si la veía y trataba, no se perdiese santamente por ella.

“La razón y la palabra de la mujer discreta —decía el doctor Alvaro Pizaño— es más eficaz en los oídos del hombre, porque su aviso es aviso dulce y cordial, y se lanza luego y pega al corazón; tuercen a piedad lo indignado, ablandan con su dulzura y ganan el alma con su prudencia; y siempre con gusto, atención y agrado las oyen los hombres. Así nos lo enseña la experiencia. Pues cuando alguna mujer acierta a señalarse en cosa de valor, alentada y despierta por la fuerza del divino espíritu, que pone en su alma algún don singular, o en armas, o en letras, o en otro arreo por extremo heroico, se señala entre los hombres. Y este aventajamiento lo recibe el mundo con aplauso raro, y con cariño y devoción tierna, y con loor extraordinario, encareciendo la grandeza y bien raro del sujeto flaco de la mujer, hecho un tesoro rico de bienaventuradas y dichosas partes, como lo vemos en este retablo antiguo de las hazañas de las mujeres, donde está Yael con el martillo y un clavo rompiendo las sienes del malvado Sísara; una Débora, sentada junto a una palma, sentenciando las causas del pueblo de Dios, sin apelación alguna;

---

(1) Sermón que predicó en la iglesia de Nuestra Señora del Carmen Calzado el padre fray Nicolás Ricardi, O. P., catedrático de Santo Tomás en la Universidad de Valladolid.

una Judit con un alfanje y una cabeza por divisas, que la cortó al que tenía puesto en terror y espanto y notificada la muerte a los de su pueblo, si ella no lo remediara con su rostro (1).”

Hablando de la hermosura de la Iglesia trae el mismo Pizaño una comparación que podemos aplicar sin ningún escrúpulo a Santa Teresa.

“A la manera —dice— que una nube, de suyo oscura, en quien lanza el sol con fuerza sus rayos y claridad, la vemos llena de luz y vestida de resplandores, que parece un sol, porque tiene dentro de sus senos los rayos y le parece y es semejante por la investidura resplandeciente que en sí contiene; y se muestra, no con semblante mustio ni lóbrego, como solía, sino alegre y risueña, espirando de sí gozo y resplandor, así dice Santa Teresa: “¿Cómo no había de estar por extremo gozosa, si me vestí  
”de pies a cabeza de Jesús, mi Esposo y Señor, que arredra de  
”mí los pesares, y siendo tan vecino y tan uno conmigo puso en  
”mí su retrato vivo con su mismo original?”

De esta unión íntima con Cristo, sol divino de las almas, recibía la de Santa Teresa aquella lumbre de saber que trasciende todo humano saber y con la cual algunas veces, desatinando cuerdamente el entendimiento, viene a acertar altísimamente la voluntad, y queda el alma como aquellos serafines de Isaías que, tapados los ojos y cubierto el rostro, descubren el fuego del pecho y el calor encendido de su corazón.

“¿Cómo era posible —dice el padre Aguayo, S. J.— que sin luz sobrenatural escribiese una mujer sin letras lo que escribió, y más en materias tan altas y dificultosas, y por un estilo tan particular, por una parte tan humilde y llano, por otra tan grave y tan sentencioso, y con unas palabras tan significativas y preñadas de misterios que pone admiración? Y lo que la aumenta es que escribiese todo eso con una presteza grande y con tanta priesa que, como ella dice, a veces no podía tornar a leer lo que escribía; y con todo eso ¡que saliese de la primera vez tan bien ordenado todo, tan bien dispuesto!...

”Dice el doctísimo padre maestro fray Luis de León en el

---

(1) Sermón del doctor Alvaro Pizaño, canónigo de Escritura en la Santa Iglesia de Córdoba, predicado en las Descalzas Carmelitas de la misma ciudad.

prólogo que hace a las obras desta Santa... que aunque no la conoció en vida ni la vió, por sus libros y escritos la reconocía y veneraba por Santa, y siempre que los leía se admiraba de nuevo, y no dudaba sino que hablaba allí el Espíritu Santo, el cual le regía la pluma y la mano; porque demás de las altas materias que trata, verá que de su lección se facilita el camino de la virtud y se encienden los ánimos en el amor della y de Dios, pegando con cada una de sus palabras fuego divino en los corazones. Y uno de los más graves y antiguos religiosos de nuestra Compañía, que trató y conversó mucho a la Santa y la confesó algún tiempo, me dijo a mí que la duda que algún tiempo había tenido del espíritu y caminos tan particulares del por donde iba esta sierva del Señor, se le había quitado totalmente luego que leyó los tratados de su mano, porque reconoció que allí hablaba el espíritu de Dios. Y así para mí no son menester otros milagros (aunque ha hecho Dios muchos por esta su sierva) sino sus reglas, sus instrucciones espirituales que dejó a su familia, la judicatura y modo de gobierno que en ella ejercitó y dejó y, finalmente, los libros que hemos dicho que escribió, porque cada cosa destas es para mí un claro milagro de la gracia y un argumento claro que me muestra la santidad y raro espíritu de Dios que en ella estuvo y moró de asiento (1).”

“Confieso —dice fray Gregorio de Pedrosa— que he visto y leído algo de lo mucho que hay de ponderación en la vida desta Santa; pero lo que miro con espanto y particular veneración son sus libros. El modo de escribir su vida es nunca visto; el *Camino de perfección* descubre a Dios, a pesar de las tinieblas de mis ojos; las *Exclamaciones* entráñanse en el alma; las *Moradas* adórolas, y todo ello me dice que no puede ser sino nacido de gran alteza de santidad (2).”

El Claustro de la Universidad de Salamanca acaba de dar a Santa Teresa el título de Doctora.

—¿Doctora de qué? —habrán preguntado, al saberlo, más de cuatro—: ¿En qué era Maestra? ¿Qué enseñaba?

(1) Sermón del padre Cipriano de Aguayo, de la Compañía de Jesús, que predicó en la misma festividad (de la Beatificación) en el convento de las Carmelitas Descalzas de la ciudad de Toledo.

(2) Fray Gregorio de Pedrosa, loc. cit.

Preguntémosles eso mismo a sus contemporáneos, que ellos, como mejor informados, nos dirán lo que sabía.

Fray García de Toledo, comisario general de las Indias, solía decir que “así era la Santa maestra de oración y de cosas de espíritu, como otras personas lo eran de otras facultades que habían profesado”. El maestro Báñez confesaba de sí que después de haber comunicado con la Santa, entendía muchos lugares de Escritura cuyo sentido antes no había penetrado. El doctor Pedro de Avendaño, visitador general del Arzobispado de Toledo, afirmaba que no sabía qué maestros y doctores hubiesen escrito, en las materias que escribió la Santa, tan levantadamente como ella. Finalmente, el maestro Francisco de Ayala resumía así los dichos de todos: “Doctor que supo la gloria que goza la Humanidad de Cristo y el inefable asiento que tiene en el pecho del Padre; doctor que alcanzó a saber cómo Dios contiene en sí todas las cosas y cómo los bienaventurados las ven en Dios, y esto, como ella confiesa, sin ver cosa formada, aunque fué clara representación; doctor que supo y vió la pena de los condenados, la gloria de los santos, la diversidad de mansiones que hay en el Cielo: veamos, pues, si hay doctor que destos artículos pueda decir otro tanto (1).”

De su destreza en enseñar nos dice el canónigo toledano Alonso de Villegas: “Enseñar a tener oración en todos estados o géneros della: de recogimiento, de quietud, de unión, en nuestros siglos nadie lo supo enseñar como esta Santa. Mire cualquiera atentamente sus libros, especialmente el del *Camino de la perfección* y el de las *Moradas*, y dirán, sin duda, lo que todos los que desto saben y pueden juzgar y los han revuelto con cuidado: que es verdaderamente doctrina del Cielo. Y fuélo, sin duda, aquella substancia y peso en las cosas; aquella propiedad en las comparaciones de la noria y agua del cielo, la de las moradas diferentes hasta llegar a la íntima de aquella luz en que se descubre Dios en el centro del alma; aquella fuerza de discurso en seguirlas; aquella suavidad y aquella viveza en las palabras tan significativas, son argumentos claros que todo se lo

---

(1) Sermón que predicó en el convento de Carmelitas Descalzos de Jaén el padre maestro fray Francisco de Ayala, Carmelita Calzado, Predicador mayor de su convento de aquella ciudad.

daba su regalado Esposo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría de Dios, y que se lo daba el Espíritu Santo, que se vió diversas veces sobre su cabeza en figura de paloma. Lo que con estos libros medran los que los leen, dígalos la experiencia. No creo que los leyó hombre, como se han de leer para aprender, que no saliese maestro en la oración. Son una lluvia celestial que fertiliza las almas y les hace dar fruto de oración, que es suavísimo a Dios, de que está siempre goloso (1).”

Aunque he procurado, de intento, citar todos o la mayor parte de los sermones de esta colección, veo que de varios de ellos no he dicho nada. Fácil hubiera sido multiplicar citas; pero ¿a qué multiplicarlas sin necesidad? Todos tocan algunos puntos; verbigracia, el de los libros de caballería a que la Santa dice que era muy aficionada en su juventud; pero después de citar el hermoso pasaje de Sancho Dávila, me pareció que estaban de sobra todos los demás.

No es, pues, extraño que, a pesar de mi deseo de citarlos a todos, no haya dicho nada del doctor Luis Tena, canónigo magistral de Toledo; ni del dominico fray Juan González, catedrático de prima de Teología de la Universidad de Alcalá; ni del franciscano fray Juan Araúz, ni del doctor Paulo Zamora, ni del jesuíta Francisco de Soto, ni de los carmelitas Jorge Durango, Agustín Núñez Delgadillo, Esteban Tous y Mateo Lita; ni de los dominicos Luis Vallejo, Diego de la Cueva y Marín y Antonio Cordero.

Tampoco he dicho nada del obispo de Astorga don fray Antonio de Cáceres; y de éste sí voy a decir algo antes de terminar, porque realmente lo merece. Predicó en el convento de Carmelitas Descalzos de La Bañeza, en el hermoso templo que él mismo acababa de consagrar y quisieron estrenar aquel día los buenos religiosos para celebrar la beatificación de su Santa Madre.

Desde luego anuncia que va a ser algo largo el sermón. “Dos fiestas celebramos hoy aquí —dice—: la inauguración de este templo, consagrado a la Virgen del Carmen, y la beatificación

---

(1) Sermón que predicó en la Santa Iglesia de Toledo el doctor Alonso de Villegas, canónigo doctoral de aquella Iglesia.

de una Virgen que, viviendo ayer entre nosotros en carne mortal, pasible y sujeta, como los demás hombres y mujeres, a las mudanzas que vemos en las cosas desta vida, confesamos que vive ya inmortal, moradora de asiento y perpetua ciudadana del reino de los Cielos." Explica qué es el reino de los Cielos, quiénes lo forman y qué órdenes o categorías hay en él. Los Apóstoles, los Patriarcas, los fundadores y maestros de la virtud maciza y sólida que floreció en la primitiva Iglesia y florece ahora en las religiones, representan la porción escogida, lo mejor de este reino, en el cual ordenó Dios que hubiese tanta variedad de religiones y que se señalasen unas en una virtud y otras en otra, para que floreciesen repartidas por el cuerpo de la Iglesia todas las virtudes y obras heroicas de Jesucristo.

Habla luego de Santa Teresa y cuenta cómo el Señor la preparó para la grande obra de la Reforma, que la Santa llevó a feliz término, venciendo, con la gracia de Dios, todas las dificultades que se le ofrecieron.

Veinticuatro folios tiene este sermón; pero, aunque el predicador lo hubiera alargado más, no sería demasiado largo, pues es de mucha substancia lo que dice, y lo dice muy bien.

«Creen algunos que nuestros predicadores del siglo de oro tenían un criterio candoroso y bonachón que les hacía tomar frecuentemente unas cosas por otras, mezclando sin discernimiento ninguno cuentos y verdades, historias y leyendas, hechos verdaderos y ficciones falsísimas.

Es cierto que algunas veces citan ficciones y casos fabulosos; pero, en general, no responden de la verdad de los hechos. Les vienen bien como símiles o comparaciones para declarar lo que van diciendo, y para eso y nada más que para eso los traen. "No apuro la verdad de la historia, dice fray Basilio Ponce de León; que cuanto en las disputas de las escuelas soy mal contentadizo, si no me convence la razón primero, tanto en estas cosas me contento fácilmente, tomando lo que los autores me dan que me haga al caso, porque allí se discurre disputando, aquí se discurre solamente hablando a las costumbres." Casi todos nuestros predicadores tenían esta norma, y hacerles cargos sobre ello es no conocer el valor que daban a las ideas y a las palabras.

Bien sabían, cuando era necesario, aquilatar verdades y medir

con exactitud la fuerza de los argumentos. Véase (y lo cito también como muestra del estilo de este predicador) el párrafo en que habla fray Antonio de Cáceres de la muerte de Santa Teresa:

“Llegada la hora postrera de su santísimo tránsito, ninguna de las muchas religiosas que estaban presentes vió ni pudo juzgar a qué tiempo y punto había dado la santa alma y buen espíritu a su Esposo. Porque dice la historia que, volviéndose de un lado con un Cristo crucificado en la mano a las siete de la mañana, de allí adelante no meneó pie ni mano, ni dió muestras, ni vieron señal en la santa Madre de que vivía. Y aunque el devoto historiador quiere que no muriese hasta las nueve de la noche, y que a este punto se le salió el alma, y gasta buen rato este señor en referir los diálogos secretos y amorosos que pasarían entre la santa Madre y su divino Esposo (lo cual sabemos todos que no lo pudo oír el autor), con todo eso, no quiero yo dar lugar a que se diga que, pudiendo el Esposo llevarse consigo a su querida esposa a las siete de la mañana y no le quedando nada que hacer a la madre Teresa en esta vida mortal, no la llevó hasta las nueve, porque esto fuera en alguna manera desfavorecella el Señor.”

Termino este trabajo haciendo más las palabras con que comenzó el padre Cipriano Aguayo, S. J., el sermón que predicó en el convento de las Carmelitas Descalzas de Toledo el último día de la octava que allí se celebró:

“Me ha cabido a mí, por buena suerte, hablar de las grandezas y virtudes heroicas desta Santa Virgen. Dije *por buena suerte*, porque por tal la tengo y la tendré siempre que se me ofreciere ocasión de descubrir al mundo la santidad y raro espíritu desta sierva del Señor, a la cual todos los de mi religión, y yo el mínimo de ella, hemos tenido siempre particular devoción y afecto, y agora estos días alegrádonos y regocijádonos, tanto como los que más, desta su nueva honra y gloria... y no es mucho nos hayamos procurado señalar en esto, porque esto y más nos tiene merecido la Santa y toda su Orden por la devoción y unión que siempre han tenido con la nuestra.”